

MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.¹

I

EL JUGADOR.

—Diréis que jugó: es verdad
 Que jugó; nadie lo niega;
 Mas ¿quién es el que no juega
 En nuestra actual sociedad?
 —Si juega por recreación
 Como noble y caballero,
 Puede á costa del dinero
 Encontrar su diversión.
 Quizá muy fácil le fuera
 Y mucho más conveniente
 Otra hallar más inocente
 Y que menos le expusiera.
 Sin embargo, siempre tiene
 En el uso la disculpa;
 Y, al fin, bien haya la culpa
 Que en sí el castigo contiene!
 Pero aquel necio que hollando
 Los más sagrados deberes,
 En pos de infames placeres
 Pasa su vida jugando;
 El que vive de engañar,

¹ Nació en Veracruz el 13 de Octubre de 1789. Murió en Tacubaya el 23 de Octubre de 1851. Aunque pasó su juventud y dió á luz sus principales obras dramáticas en España, desde 1824 estuvo al servicio de México, y residió y escribió aquí desde 1833 hasta su muerte.

El que su familia olvida
 Y más no piensa ni cuida
 Que en deber y trampear;
 En fin, el que á todo precio
 Juega, pierde y se envilece,
 Don Jacinto, no merece
 Compasión, sino desprecio.

II

PENSAMIENTOS VARIOS.

(Tomado de las obras dramáticas de Gorostiza.)

I

¡Cuánto cuesta el enmendar
 Un error! Si se supiera,
 Más fácil mil veces fuera
 Obrar bien que no faltar!

II

Temo mi opinión perdida
 Y el grito de una ofendida
 Conciencia; temo también
 El merecido desdén
 Del anciano Don Fermín:
 Y temo á todos, que, en fin,
 Teme bien quien no obra bien.

III

¡Un yerno amable, sensible
 Y enamorado en extremo:
 Un yerno pundonoroso
 Y nada cobarde; un yerno
 Amigo de diversiones,
 De trasnoches y de juegos!

¡Qué hallazgo! Yo que esperaba,
 Teniendo un yerno perfecto,
 Ser mártir de su virtud,
 Hallarme uno de quien puedo
 Murmurar: quien sabrá darme
 A cada instante pretextos
 Para reñirle y quejarme
 A los vecinos y deudos!

¡Qué compasión, en verdad,
 Merece el que se separa
 De la línea del deber!
 ¡Infeliz! harto le cuesta,
 Y el tiempo me manifiesta
 Lo que no supe entender
 Cuando, venturoso, el nombre
 Ignoraba del disgusto;
 Mas ¡ay! que siempre fué injusto
 Si fué venturoso el hombre!

Bueno fuera, pese á tal,
 Que así al deber se faltase
 Y uno luego se escudase
 Con la causa de su mal.
 No, señor: el criminal
 Cuando halaga su cadena
 A sí mismo se condena,
 Y, pues no tiene disculpa,
 Ya que cometió la culpa
 Que sufra también la pena.

 La pasión

También encuentra barreras
 Que establecieron severas
 Ya la ley, ya la razón.
 Que una vez á la opinión
 O al capricho se permita
 Despreciar lo que limita
 Nuestro humano desenfreno,
 Y si hallaren hombre bueno
 Pueden ponerle en su ermita.

MANUEL CARPIO.¹

CASTIGO DE FARAON.

Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nácar y de oro luciente,
Augusta diadema le ciñe la frente
Y adórnale el pecho radiante joyel.

Y lleva una zona bordada de estrellas,
Su túnica es blanca de seda sonante,
Y el manto soberbio de grana brillante
En ondas le baja cubriéndole el pie.

El trono rodean soldados adustos
De barba poblada, de rostro salvaje,
De yelmo terrible, con negro plumaje,
Coturnos vellosos de piel de león.

Su cota de acero bruñido relumbra;
La espada en la cinta, la pica en la mano,
Esperan la seña del duro tirano,
Y reina el silencio por todo el salón.

Moisés el profeta, varón venerable
De serio semblante, de undoso cabello,
Terribles los ojos, indómito el cuello,
La túnica parda, de trueno la voz,

Preséntase, y pide que al pueblo judío
Se deje el camino seguro y abierto,
Y hacer sacrificios allá en el desierto
En rústicas aras al grande Criador.

¹ Nació en Cosamaloápam [provincia de Veracruz] el 1º de Mayo de 1791.
Murió en México el 11 de Febrero de 1860.

“Seis plagas has visto que toda la gente
Sufrió por tu culpa, le dijo el anciano;
Al Dios de mis padres resistes en vano,
Él quiere librarnos, y es fuerza partir.

“Humíllate débil al fuerte Adonai,
Él hizo los montes, los campos y mares:
Y allá en esos cielos, él puso á millares
Las altas estrellas que miras lucir.”

Del rey entretanto, cambiando colores,
El pecho se inunda de cólera amarga:
Ya coge la espada, ya coge la adarga,
Ya baja del solio, ya vuelve á subir.

Temblaron las guardias al ver el enojo
Que agita al monarca: cual tigre en la reja,
Revuelve los ojos, enarca la ceja,
Y en tono tremendo comienza á decir:

“¿Cómo es que un hebreo, cómo es que un esclavo
Armado tan sólo de mágica vara
Me pida insolente y así cara á cara
Librar á sus tribus? Así no será.

“Primero los mares abriendo su seno
A mí y á mis tropas y carros cubrieran,
Que gentes tan viles de Egipto salieran;
Serán aquí siervos, aquí morirán.”

Oyendo el profeta palabras tan duras,
“Mañana, le dijo, verás tempestades,
Habrá granizadas, habrá mortandades,
Verás maravillas que Egipto no vió.”

Y dando la vuelta salió del palacio;
Y cuando cercano mostrábase el día,
Al cielo terrible la mano tendía,
Y negro nublado los aires cubrió.

De Oriente al Ocaso, del Sur al mar Grande,
Errantes las sombras cubrieron el cielo,

Relámpagos rojos cruzaban el suelo,
Los truenos hacían la tierra temblar:

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos;
De Tebas y Tanis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Rasgadas las nubes, la lluvia ruidosa
Inunda los campos, rebosan las fuentes,
Y bajan las aguas en turbios torrentes
Y arrastran las olas ganado y pastor.

Mezclados andaban granizos y rayos,
La yerba del campo y el árbol hirieron;
El toro robusto y el hombre murieron,
Y el reino cubrióse de luto y horror.

El bárbaro río sus márgenes cubre,
Arranca los cedros de Menfis altiva,
Y en gran remolino sus palmas derriba,
Y arroja los troncos al férvido mar:

En tanto el ganado del pueblo judío
En campos floridos pastaba contento,
Y allí no sintieron granizo ni viento,
Y sólo de lejos oyeron tronar.

Pasada la negra ruidosa borrasca,
Que salgan las tribus el rey no consiente;
Mas alza el caudillo la vara potente
Y hambrientas langostas obliga á venir.

Y luego tinieblas espesas derrama,
Y á Egipto sus luces el cielo le niega;
Tan sólo el hebreo contento se entrega
A juegos campestres y alegre festín.

Las sombras cubrían la tierra otra noche,
El pueblo en su sueño posaba tranquilo,
Y manso corría magnífico el Nilo;
Callaba la tierra, callaba la mar.

Pacíficas duermen las candidas garzas
Allá entre las cañas, orillas del río,
Las bestias feroces en campo sombrío
Y en húmedas cuevas dormidas están.

Los áulicos altos, los nobles magnates
Descansan en lechos de púrpura rica;
Mas ¡ay! sobre sedas el rey se abanica,
E inquieto en su cama no puede dormir.

Repasa en la mente las plagas horribles
Que al reino trajeron inmensa amargura,
Le eriza el cabello su suerte futura;
Sudando y convulso se siente morir.

Un ángel en tanto voló como un rayo
De Siene hasta el Delta, temblando de enojo;
Con la ala derecha tocaba el Mar Rojo,
La izquierda tocaba al Libio arenal.

Volaba cubierto de espesa tiniebla,
Llevaba en la mano su acero sangriento,
Sus negros cabellos vagaban al viento,
Sus ojos brillaban con luz funeral.

Cual suele en los campos un gran torbellino
Quebrar las cañuelas de verdes espigas,
Dejando burladas así las fatigas
Y dulce esperanza de algún labrador;

Así pasó el ángel airado matando
A cuantos varones nacieron primero:
Murió desde el hijo del pobre leñero,
Hasta el del monarca de Egipto señor.

Un grito de muerte se oyó á media noche
En todo el imperio; llevaba la gente
Pavor en el alma, sudor en la frente;
De todos los ojos el llanto corrió.

El rey se levanta del lecho de grana,
Los vastos salones recorre aturdido,

Sus lágrimas ruedan, y da un alarido,
Que en todo el alcázar, en todo se oyó.

Lloraba la reina, sus manos torcía,
Con ayes dolientes á su hijo llamando,
Y suelto el cabello y el velo arrastrando,
Toda ella temblaba de espanto y dolor.

Gritaban las madres por calles y plazas
Alzando los ojos llorosos al cielo,
O bien de rodillas besaban el suelo,
Haciendo plegarias á Osiris y Amón.

Tremendo castigo de un pueblo orgulloso,
Idólatra ciego, que á un pueblo su hermano
Oprime sin tregua con bárbara mano,
Y apenas le deja del sueño gozar.

Empero esa noche, soñando en su viaje,
Las tribus dormían en rústicos lechos;
Terror no agitaba los cándidos pechos
De aquellos mortales, amor de Jehová.

El ángel en tanto se pára en la cumbre
De la alta pirámide, y da una mirada
A todo el Egipto, y envaina la espada,
Y quedáse un rato pensando entre sí.

De nuevo despliega sus rápidas alas,
Y páрте, y resuena su espada en el vuelo;
Divide las nubes y encúmbrese al cielo,
Y dice postrado: Señor, ya cumplí.

Así en ese tiempo y en esas regiones,
Quebranta Adonai la fuerte cadena
Del pueblo escogido, y humilla y enfrena
Al bárbaro egipcio, y al gran Faraón.

Libró á los judíos con brazo robusto,
Y á tantos prodigios tembló el Filisteo,
El fuerte Moabita y el fuerte Idumeo,
Y el rico Fenicio temblaba en Sidón.

Aun hay obeliscos y templos y tumbas
De Tebas y Menfis allá entre las ruinas,
Que vieron al ángel en densas neblinas
Cual águila negra volando cruzar.

Allí Bonaparte á orillas del Nilo,
Al dar á los turcos batalla tremenda,
Es fama que dijo: "Aquí va la senda
Que ha visto de un ángel la sombra pasar."

FRANCISCO ORTEGA.¹

A ITURBIDE EN SU CORONACION.

¡Y pudiste prestar fácil oído
A falaz ambición, y el lauro eterno
Que tu frente ciñera
Por la venda trocar que vil te ofrece
La lisonja rastrera,
Que pérfida y astuta te adormece!

¡Sus! despierta y escucha los clamores
Que en tu pro y del Azteca infortunado
Te dirige la Gloria:
Oye el hondo gemir del patriotismo;
Oye á la fiel Historia
Y retrocede ¡ay! del hondo abismo.

En el pecho magnánimo recoge
Aquel aliento y generoso brío
Que te lanzó atrevido
De Iguala á la inmortal heroica hazaña,
Y un cetro aborrecido
Arroja presto que tu gloria empaña.

Desprecia la aura leve, engañadora,
De la ciega voluble muchedumbre,
Que en su delirio insana

1. Autor del Apéndice á la "Historia de México" por Veytia. Nacido en México el 13 de Abril de 1793. Muerto el 11 de Marzo de 1849.

Tan pronto ciega abate como eleva,
Y al justo á quien "hosana"
Ayer cantaba, su furor hoy lleva.

Con los almos patricios virtuosos,
Amigos tuyos y del pueblo electos,
En lazo fiel te anuda:
Atiende á sus consejos, que no dañan:
Sólo ellos la desnuda
Verdad te dicen; los demás te engañan.

Esos loores con que al cielo te alzan,
Los vítores confusos, que de Anáhuac
Señor hoy te proclaman,
Del rango de los héroes, inhumanos,
Te arrancan, y encaraman
Al rango ¡oh Dios! fatal de los tiranos.

¿No miras, ¡oh caudillo deslumbrado,
Ayer delicia del azteca libre!
Cuánto su confianza,
Su amor y gratitud has ya perdido,
Rota ¡ay! la alianza
Con que debieras siempre estarle unido?

De puro y tierno amor no cual solía
Allegarse veráslo ya á tu lado,
Y el paternal consejo
De tus labios oír: mas zozobante
Temblar al sobrecejo
De tu faz imperiosa y arrogante.

La cándida verdad, que te mostraba
El sendero del bien, rauda se aleja
Del brillo fastuoso

Que rodea ese solio tan ansiado;
Ese solio ostentoso,
Por nuestro mal y el tuyo levantado.

Y en vez de sus acentos celestiales,
Rastrera turba, pérfida, insolente
De astutos lisonjeros,
Hará resonar sólo en tus oídos
Loores placenteros:
Ah! placenteros . . . pero cuán mentidos!

No así fueron los himnos que entonara
Tenoxtitlán cuando te abrió sus puertas,
Y saludó risueña
Al verte triunfador y enarbolando
La trigarante enseña,
Seguido del leal patricio bando.

¡Con qué placer tu triunfo se ensalzaba!
La ingenua gratitud con qué entusiasmo
Lo grababa en los broncees!
Tu nombre amado con acento vario
Cuál resonaba entonces
En las calles, las plazas y el santuario!

Ni esperes ya el clamor del inocente,
Ni de la ley la majestad hollada
Ni el sagrado derecho
De la patria vengar: que el cortesano,
De tí en continuo acecho,
Atará para el bien tu fuerte mano.

¿De la envidia las serpientes venenosas
Del trono en derredor no ves alzarse,
Y con enhiestos cuellos

Abalanzarse á tí? ¿Los divinales
Lazos de amistad bellos
Rasgar, y conjurarte mil rivales?

La patria en tanto, de dolor acerbo
Y de males sin número oprimida,
En tus manos ansiosa
Busca el almo pendón con que juraste
La libertad preciosa,
Que por un cetro aciago ya trocaste.

Y no lo halla, y en mortal desmayo
Su seno maternal desgarrar siente
Por impías facciones;
Y de desolación y angustia llena,
Los nuevos eslabones
Mira forjar de bárbara cadena.

¡Oh, cuánto de pesares y desgracias,
Cuánto tiene de sustos é inquietudes,
De dolor y de llanto
Cuánto tiene de mengua y de mancila,
De horror y luto cuánto
Esa diadema que á tus ojos brilla!